

El Internado

por

Hugo José Garavelli

Parece el de un célebre tango el título de este trabajo, y en realidad tiene íntima relación con el tema que trataremos: la historia, en Buenos Aires, de una institución para la enseñanza y formación profesional del médico, que estuvo vigente hasta 1924. A partir de allí fue suprimida y reemplazada por el llamado practicante, que a su vez fue reemplazado en 1963 por la Residencia Médica¹ y esta en 1969 por médicos de varias especialidades, conforme las nuevas formas que ha ido adoptando la ciencia y la profesión médica, al reemplazarse los servicios de guardias hospitalarias.

El origen del sistema del Internado, sería la resolución que firmó Napoleón Bonaparte, Emperador de Francia, el 13 de septiembre de 1802, disponiendo que en los hospitales de París, se admitiesen estudiantes de los últimos años de la carrera, para que allí completasen su formación médica.

Era correctísima la idea: la medicina es una ciencia y un arte que no se puede conocer solo por los libros y la teoría: exige el conocimiento directo y práctico, y también el contacto diario con el enfermo, para conocer su evolución, e interpretar correctamente los síntomas que presenta, debe también, y mas en aquellos tiempos en que casi no existían las sofisticadas técnicas actuales, saber buscar los signos de los que el enfermo nada advierte. Ningún libro puede explicar cómo se escuchan los latidos de un corazón enfermo, que

¹ Afirma Daniel Fernández Raw en “*Cuando la Medicina enferma*” que la Residencia es un sistema creado en Estados Unidos en el John Hopkins Hospital de Baltimore, hacia 1883 y en su obra da a entender, que un motivo que pudo haberlo motivado, habría sido, a más de un recurso de formación médica, la búsqueda de proporcionar una mejor atención al paciente, al menor costo posible.

solo el hospital podía permitir conocerlos, pues advertimos que si bien hoy podrían reproducirse por medios electrónicos, en aquel tiempo casi no existían. El mejor libro, no puede reemplazar la mesa de disección, con el cadáver o las piezas anatómicas, y a su vez es indispensable, si no está presente el docente que indique los elementos, que esté abierto, y cerca de los estudiosos inclinados ante el cadáver. Seguramente verán cuan difícil es reconocer y hallar, ese nervio que saben que si se lesiona, producirá catastróficas consecuencias en el paciente, pero que no se encuentra pese a una meticulosa búsqueda.

Para ingresar en el internado, se exigían concursos difíciles y el interno estaba generalmente cuatro años prácticamente viviendo en el hospital, donde a la mañana recibía y estudiaba a los pacientes que ingresaban, para presentarlos al jefe del servicio, pasado mediodía se hacía una segunda recorrida de la sala, y se aseguraba luego la atención de los enfermos durante todo el día. Además, el interno hacía guardias un día por semana, y los domingos en forma rotativa, donde atendía las urgencias, y ayudaba en las operaciones o en los antiguos tiempos, hacía las anestесias por éter, práctica esta que hoy, afortunadamente se considera la deben realizar médicos especialistas, que utilizando muy sofisticadas técnicas han logrado reducir las muertes que aquella práctica ocasionaba.

Pero veremos, como ese régimen, lamentablemente incitó a estudiantes que entonces pertenecían a familias distinguidas y acomodadas, a cometer toda clase de actos repugnantes y vejámenes de todo tipo, ya a los propios compañeros, ya a veces a otras personas, que llegaban a constituir verdaderos delitos, y como esa conducta originó el hecho trágico que terminaría con el internado, y su reemplazo por las guardias de practicantes, en 1924. Que si bien así hizo que esos hechos disminuyeran, no se extinguieron desgraciadamente del todo.

Fleury², ya afirma que en París el pabellón de internos, con su biblioteca, y sus paredes con caricaturas e inscripciones a menudo irreproducibles, era un lugar de reunión, donde se comía, y se practicaban juegos, y que las tensiones se descargaban con risas, gritos y cantos, y que un gran neurólogo Edouard Brissaud (1852 – 1909) era famoso por las bromas que hacía con sus compañeros al administrador del Hospital Lariboisiere “de mal carácter y poco amigo de los practicantes” lo cual nos hace advertir un precedente a la tragedia que luego relataremos ocurrida entre nosotros.

Y aún relata como Brissaud, se burló de tres médicos ingleses cuando era practicante interno del servicio de un ilustre y solemne profesor: Charles Bouchard (1837–1915), cuando solo tenía 25 años. Los visitantes querían asistir a una clase del afamado profesor, pero este ese día no había concurrido por una migraña, pero el interno se hizo pasar por el profesor, ante la sorpresa de los visitantes al ver un hombre tan joven, que se dirigió a la cama de un paciente que él había recibido el día anterior, y que había estudiado y les dio una clase. Los ingleses ¡quisieron felicitarlo, por esa clase tan magistral y erudita! Pero él supo escabullirse bajando por la escalera. Quizás era la impresión que suscitaba la elocuencia, la vivacidad y la emoción de aquellas clases de los franceses, que dejaban su huella en el espíritu, tan diferentes a las flemáticas y sin emociones propias de los anglosajones.

Sería necesario que los psicólogos estudiaran el por qué se cometían esos hechos aberrantes, por puro placer para gozar con la humillación y el vejamen del otro. Fleury parece querer justificar aunque creemos que solo parcialmente estas conductas, “como una reacción necesaria a un medio hospitalario terriblemente austero, donde era imprescindible convivir diariamente con el dolor, la enfermedad y la muerte”.

Entre nosotros un régimen de practicantado ya existía en el antiguo Hospital General de Hombres, que precedió al Hospital de

² FLEURY, Maurice “*Le Medicine*”. Hachette, Paris, 1927. Citado por BUZZI, Alfredo en “Reminiscencias del Internado en el pabellón de practicantes y de la Sala IV del Hospital Nacional de Clínicas (1954-1955)”, *Revista de la Asociación Médica Argentina* 123, N° 1, 2010.

Clínicas, entregado a la Facultad de Medicina en 1883, y allí existió un régimen de internado que era muy similar al de París, según Alfredo Buzzi³, y haber sido interno del Clínicas fue siempre un preciado honor para los médicos egresados en Buenos Aires. Se diferenciaba en su ingreso del internado francés, pues este se hacía por un concurso de las calificaciones obtenidas en los exámenes finales. Acerca del antiguo Hospital General de Hombres, el Diccionario de Buenos Aires o Guía de Forasteros de Antonio Pillado, de 1864 (Buenos Aires, Imprenta El Porvenir) da los nombres de los seis médicos y de los nueve practicantes, cinco mayores y cuatro menores, entre los cuales advertimos el de Tomás Peron, abuelo del famoso general Juan Domingo Perón. Y el practicantado existió ya seguramente desde marzo de 1825, en que hubo seis, aumentados a diez en 1827.⁴

Pero ya en el Hospital de Clínicas el que ingresaba era objeto de bromas pesadas. El doctor Daniel J. Cranwell⁵ relata que en su primera noche, lo despertaron con algunos golpes en su puerta, y una voz le dijo que había llegado un enfermo grave en la guardia. Salió y fue a la guardia, pero allí estaba todo tranquilo. Una monja recorría el lugar y le confirmó que nadie había llegado. Pero al regresar, su cuarto estaba totalmente revuelto, y habían desaparecido la cama y los muebles. Dos horas le costó encontrarlos. A su vez, él tomó venganza, pues tomó una clava de gimnasia, y golpeo violentamente las puertas de los otros cuartos, llegando a romper los tableros de algunas.

Otro desmán cometido contra los propios compañeros, se llamaba “catafalco”. Consistía en desordenar toda la habitación. A veces, solía tirarse agua sobre las ropas de cama, y en una ocasión, si la habitación daba al jardín del hospital, se colocaba la manguera por la ventana, y se la inundaba. Otros desmanes, y siempre en el

³ BUZZI, Alfredo. Op. cit. Nota n° 2: “Reminiscencias del Internado en el pabellón de practicantes y de la Sala IV del Hospital Nacional de Clínicas (1954-1955)”, *Revista de la Asociación Médica Argentina* 123, N° 1, 2010.

⁴ Archivo General de la Nación Sala X legajo 40-8-9 y Sala X legajo 23-6-6. Datos de www.revisionistas.com.ar.

⁵ CRANWELL, Daniel J. “*Once lustros en la vida de un cirujano*” Buenos Aires, 1945.

Hospital de Clínicas, de fines del siglo XIX y principios del XX, eran jugar con agua en Carnaval y mojar a los transeúntes. En los 25 de mayo, solían hacerse banquetes en los que abundaba el alcohol, aunque se organizaba un grupo para contener a los que por sus efectos se excitasen demasiado, y solían ofrecerse postres con mezclas detonantes. Todo esto, que recoge el doctor Buzzi en su trabajo es evidentemente anterior a la institución del internado en los hospitales de la Municipalidad de Buenos Aires, y lo relatamos aclarando que estas cosas se hicieron también en estos, aunque al parecer “corregidas y aumentadas”. Y por lo que ya hemos visto, tomado de Fleury, nos parece que muchos de los vicios que aquí se practicaron desgraciadamente, como veremos pueden tener influencia francesa⁶.

Al respecto, Daniel J. Cranwell, considera que el internado era una institución típicamente francesa “donde se adquiría amor al trabajo y a la sagrada profesión”, aunque veremos que convivía esta positiva influencia con hechos realmente incalificables, que hacen dudar de dicho concepto.

Es un hecho, que hasta la primera mitad del siglo XX, los libros de Medicina eran aun franceses en general. Se estudiaba Anatomía por Testut, Patología Interna por Sergent, Patología Externa por Forgue, Medicina Operatoria, como se la llamaba entonces, por Farabeuf, y había para otras ramas de la Medicina, innumerables “Precis” (de Dermatologie de Darier, de Neurologie, etc). Los libros de origen alemán, y anglosajones, en general se evitaban – aún traducidos-, pues se los consideraba poco didácticos y pesados. Los franceses, parecían excelentes con sus exposiciones y descripciones vívidas, claras, que en verdad no ahorran palabras

⁶ Nicolas Repetto afirma que en 1892, Emilio R. Coni instituyó el concurso para designar médicos y practicantes en los Hospitales municipales, siendo designado practicante Mayor del Hospital San Roque, hoy Ramos Mejía. Refiere que también se hacían “catafalcos” “una inmensa construcción que se elevaba hasta el techo, compuesta de los materiales más diversos”. Y si bien no relata más que eso, afirma que el internado “degeneró en cierto momento, y a su amparo se cometieron graves infracciones y crímenes incluso, que determinaron su supresión en la mayor parte de los hospitales”. De “*Mi paso por la Medicina*”, Santiago Rueda, Buenos Aires, s/d.

para hacer comprender los hechos, y sabían dar descripciones a veces dramáticas y hasta amenas de las enfermedades, al contrario de la fría descripción anglosajona, o la compleja y difícil alemana, aún desde ya en traducciones. Y a menudo, los libros franceses no estaban traducidos, pero todos podían leerlos solo con los tres o cuatro años de francés de la enseñanza secundaria. Y sabemos que para muchos médicos recién recibidos, nada mejor que pasar uno o dos años en los hospitales de París, entonces como siempre, como lo dice Le Goff⁷ una dorada Jerusalem del saber, y también una Babilonia. Y agregamos el prostíbulo elegante de Europa, la “ciudad del pecado” donde el can-can con la música de Offenbach dominaba las noches, en medio de un alegre descorchar de botellas de champán, el escándalo, la locura y el desenfreno. Era evidente entonces esa influencia en la Medicina, para bien o para mal.

Muy pocos, como el doctor Juan B. Justo, que introdujo entre nosotros no solo el marxismo, sino también la cirugía aséptica, iban a estudiar como médicos a Alemania y países de su habla, que ya se destacaba fuertemente. Era lógico, pues el difícil idioma alemán llevaba mucho tiempo aprenderlo. Destacamos que Juan B. Justo, no solo conoció de Alemania, de Kocher en Berna, y de Billroth en Viena la medicina, sino que precisamente también el marxismo y el socialismo. Fue de esos grandes médicos que conoció la asepsia, que pudo implantar con gran esfuerzo en el Hospital San Roque, aunque quizás por esto D. J. Cranwell⁸ afirma que Juan B. Justo fue el primero en citar el método, pero que vio usarlo por primera vez a Alejandro Castro en 1891.

El Internado se reglamentó nuevamente en la Municipalidad de Buenos Aires en 1914. Fueron impulsores del régimen personalidades de la Medicina tales como Telémaco Susini, Marcial Quiroga padre, José Arce y otros.

Se podía ser Interno en el 5° y 6° año de la carrera, por concurso de antecedentes, entre estos tenía valor haber sido practicante de vacuna, ayudante de laboratorio, y practicante externo. Había

⁷ Le Goff, “*Los intelectuales en la Edad Media*”.

⁸ CRANWELL, Daniel J. “*Once lustros en la vida de un cirujano*”. Buenos Aires, 1945.

entonces unos 300 repartidos en unos 10 hospitales, o sea que cada hospital tenía unos 30, a mas de los externos citados.

Es bueno recordar además, que hasta 1894, no había “médicos internos” en las guardias hospitalarias, al parecer el primero fue Alejandro Posadas en el Hospital de Clínicas. Y según N. Repetto, durante casi todo el día, eran los practicantes quienes a menudo con gran audacia, tomaban las mas arriesgadas decisiones médicas y “vivíamos dominados por el deseo de ejecutar en el vivo algunas de las operaciones que habíamos aprendido en el cadáver”. Así casos gravísimos y operaciones de alto riesgo, eran decididas y ejecutadas por el practicante mayor, joven estudiante de muchas lecturas, pero de escasa experiencia.

Ese año de 1914 se comenzaron a organizar los llamados “Bailes del Internado” los 21 de septiembre de cada año, el “Día del Estudiante” y en ellos comenzaron a actuar, toda una serie de intérpretes y compositores, muchos de los cuales se hicieron famosos, y se compusieron tangos de los que perduran, y merecen sin duda figurar en cualquier antología como el que mencionamos al principio

Siguiendo los datos que tomamos de Luis Alposta, en la parte tanguera, en esos bailes se hicieron conocer muchísimas grandes figuras. Francisco Canaro, dirigió una orquesta de tango en esos bailes, y estrenó “Matasanos” dedicado al Hospital Durand, de reciente inauguración (1913), y “El Alacran”. Roberto Firpo, lo hizo con “El Apronte” dedicado al entonces Hospital San Roque, luego Ramos Mejía. Y en 1915, Canaro estrenó, precisamente su gran tango en verdad de antología, “El Internado”, y Roberto Firpo “El Bisturí” que dedicó al doctor Roque F. Coulin, y Alberto López Buchardo “Clínicas” dedicado a este hospital, y “El Once” que se refiere no al barrio, sino, como otros anteriores, al número de baile celebrado, este fue el último, el de 1924.⁹

⁹ ALPOSTA, Luis “*El lunfardo y el tango en la Medicina*”. Luis Agüero, Buenos Aires, 1986. Obra de la que tomamos su excelente información tanguera y la de los bailes del Internado.

Dedicado a la Asociación del Internado. A su Presidente Dr. Adolfo Reborá y a la C. D. de la misma.

EL INTERNADO

TANGO MILONGA

FRANCISCO CANARO

PIANO

ff

pp

FIN

ff

The image displays a musical score for the piece "El Internado". It consists of six systems of music, each with a treble and bass clef staff. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings. Key markings include "Fto." (Forte), "pp" (pianissimo), "pizz." (pizzicato), "grazioso", "ff" (fortissimo), and "Dal Fin" (Da Fine). A section labeled "TRIO" begins in the third system. The score concludes with a double bar line and the word "FIN" in a decorative font.

Partitura de "El Internado".¹⁰

¹⁰ <http://www.todotango.com/musica/tema/3871/El-internado/>



Hospital San Roque, actual Ramos Mejía¹¹

Esos años, los bailes se celebraron en el Palais de Glace, pero luego, en 1916 pasaron al Pabellón de las Rosas, que estaba ubicado en lo que es hoy Av. Del Libertador y Tagle, donde se halla en Automóvil Club Argentino, y desde 1920, en el Teatro de la Victoria, en la calle Victoria, hoy Hipólito Yrigoyen y San José.

¹¹ <http://www.arquitecto-buschiazzo.blogspot.com>

Siempre según este autor, en París estos bailes solo se interrumpieron por la guerra de 1870, y la de 1914.



Jardines del Hospital San Roque¹²

Es evidente que a esos bailes también concurrían estudiantes de otras carreras, pues aparecen como tangos el de Eduardo Arolas “Derecho Viejo”, también de antología, dedicado a los estudiantes de Derecho, y otros que evidencian que lo fueron a los de Odontología, como “El Sacamuelas” y “La muela careada” este de Vicente Greco, dedicado a Agustín Bardi, que es de 1916, junto con “El Anatomista” en esa misma ocasión. De Arolas también fueron “Anatomía” dedicado al doctor Ricardo Rodríguez Villegas y Moisés Benchetret y “Rawson” este obviamente dedicado al hospital, clausurado en 1978, dedicado a los doctores Pedro Sauret, Juan C. Aramburu y Cleto Santa Coloma. En 1917 José Martínez

¹² <http://www.arquitecto-buschiazzo.blogspot.com>

estrenó “El Termómetro” que dedicó a Luis Galdeano, Amadeo Cavelli, Antonio González y Antonio Catuasa; Horacio Amante compuso “Restablecido” y Osvaldo Fresedo “Amoníaco” dedicado al hospital Fernández.

Otros tangos alusivos fueron “Muñiz” de Victor Troysi, y “La Inyección” de José Artusi, dedicado al Centro de Estudiantes de Medicina.



La fachada del ex hospital San Roque, Ramos Mejía en la actualidad

Ya se destacaban estos bailes por sus bromas pesadas, que eran verdaderos vejámenes. Francisco Canaro, relata algunas en sus memorias. Solían los practicantes, cortar las manos a algún cadáver y ensartarlas en palos. Luego, se cubrían con una sabana, y con esas manos acariciaban el rostro de las mujeres que concurrían al

baile. Y destacamos, que pensemos que muy pocas mujeres estudiaban entonces carreras universitarias, por lo que era frecuente que los practicantes las buscaran en el Paseo de Julio, dentro de las que practicaban una muy antigua profesión... Lo que por cierto no excusa se les hiciese semejantes cosas.

Estas preferencias prostibularias no dejaban de ser una imitación de París. Allí en 1913, se debió emitir una circular para evitar en las salas de guardia “presencias femeninas” eufemismo por otra cosa que imaginamos. Y advertimos que esto fue en aquel legendario y brillante París de la “Belle Epoque”, esa Babilonia y elegante prostíbulo de Europa, lo que quita al episodio, a mi juicio toda connotación moralista a lo puritanismo norteamericano, pero sí a que esta situación era intolerable para un correcto servicio médico de emergencia, que sinceramente pensamos se habrían convertido en sucursales de lupanares¹³. Ni aquel París podía tolerar una cosa semejante, pues un hospital no es un burdel.

Otro hecho macabro quedó registrado en un tango que tuvo bastante difusión, porque se lo estrenó en un famoso sainete “Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina”, de Florencio Parravicini, “La cabeza del italiano”, con música de Antonio Scatasso, y letra de Francisco Bastardi, estrenado el 8 de mayo de 1924, y por la que luego sería una famosa intérprete del tango: Azucena Maizani. Se trataba de “la cabeza *frappé* del italiano, que un tiro se pegó en el almacén”. O sea, era un suicida cuyo cadáver terminó en la mesa de disección, congelada para su conservación, *frappé* si bien significa golpeada, en realidad es lo que se debe hacer para enfriar el champan en el balde con hielo, hacerlo girar y que golpee el hielo. La llevaron a un baile, inserta en un palo, por debajo, el que llevaba tan macabro trofeo se había envuelto en una sábana y así se presentó en el baile, ante el horror de las mujeres presentes.

Se sabe que también se cortaban otras partes de los cadáveres, que en la Inglaterra victoriana se habría dicho “que no es decente

¹³ WEISINGER, Graciela. “El tango y los bailes del internado (1914-1924)” *Epoocas* n° 7. Revista de Historia – Universidad del Salvador, Buenos Aires, 2013: <http://p3.usal.edu.ar/index.php/epocas/article/view/2055>

mencionar” que por supuesto, eran ofrecidas a las mujeres presentes... o colocadas subrepticamente en sus bolsillos o carteras.

Estos hechos, no me permiten afirmar, como lo hace con gran entusiasmo el doctor Daniel J. Cranwell que en el internado “se desarrollaba el compañerismo y se adquirían al mismo tiempo los mejores sentimientos de humanidad hacia los pobres enfermos de hospital..., doblemente dignos de nuestra piedad y afanes, pues son enfermos, y al mismo tiempo desgraciados (Dieulafoy, 1840 – 1911)”. Advirtamos que a veces fueron estos enfermos también víctimas de estos hechos vergonzosos.

El día del baile, 21 de septiembre solía también festejarse con desfiles carnavalescos, llamados estudiantinas, que en algún caso se hicieron por la Avenida de Mayo. Los practicantes, concurrían con sus guardapolvos y delantales hospitalarios, llevando como estandartes procesionales, en triunfo, escupideras, chatas, equipos para hacer enemas, etc. G. Weisinger¹⁴ también cita que había alusiones macabras, como disfrazados de esqueletos con alguno que llevaba en un palo una calavera real.

Otros estudiantes participaban, los de ingeniería podrían resultar no muy del agrado de la masonería, pues llevaban enormes compases y escuadras, los de derecho togas, los de filosofía y letras aparecían con ropas de poetas clásicos y coronas de laureles. Pero al menos, esto podría ser divertido.

Pero también, al iniciarse el año 1924 los internos del hospital Pirovano “celebraron” el año nuevo tirando 30 tiros al aire, perturbando gravemente a los enfermos internados, y a muchas embarazadas próximas al parto, al punto que debió intervenir la policía. Todo esto recuerda sin dudas a “las patotas bravas del novecientos dos” que recuerda un tango (Corrientes y Esmeralda), integradas por los “niños bien” de aquellos tiempos.

También se llegaron a hacer representaciones teatrales burlescas subidas de tono, en el Teatro de la Victoria, en la calle Victoria: hoy Hipólito Yrigoyen y San José. En ese teatro se realizaron los bailes desde 1920 al último, en 1924.

¹⁴ WEISINGER, Graciela. Op. Cit. nota 13.

Como necesitaban elenco femenino, los practicantes resolvían el problema, buscando a las practicantes de la muy antigua profesión que recorrían en busca de clientes el Paseo de Julio, luego Avenida Leandro N. Alem, y llevándolas a los pabellones de practicantes donde las mantenían durante tres o cuatro días, con los escándalos consiguientes. Según Alposta, se hicieron varias de estas representaciones. En 1920, los internos del Hospital Alvear, representaron “Adan y Eva en el Paraíso”, de Mario Landó, que en 1921 también escribió “El Crepúsculo los Rompedores”, en 1922 los del Ramos Mejía “La caída del Zar” en que se representaba a Rasputin, en plena acción, que excusamos describir,” por afectar la decencia”, imaginamos lo que sería aquella representación. El 18 de septiembre de 1924 se representó en el Teatro San Martín “*The Medical’s Review*”.

Graciela Weisinger¹⁵ advierte que esto también se hacía en París, donde los títulos eran evidentemente a menudo procaces pues junto a “Atrocités Balkaniques” una alusión evidente a las guerras balcánicas de 1912 y 1913, aparecen: “*La loge vaginale*” una intención obscena dicha en un lenguaje anatómico, “*Emmerdements de la vie*”, “*Mal de mer*” un juego de palabras debido a la similitud entre “*mer*” y “*merd*”, etc...

Pero el 21 de septiembre de 1924 se realizó como dijimos, el último baile. En esa ocasión, por ser el baile n° 11, Osvaldo Fresedo estrenó “El Once” otro tango de antología, y también, muy significativamente por la triste premonición “La Despedida”. Había habido otros tangos que se llamaron por el número del baile del internado en que se estrenaban: “El Sexto” también de Osvaldo Fresedo, luego “El Séptimo” de Augusto Berto, y por Ricardo Luis Brignolo “El Octavo” y luego “El noveno” y “El Décimo”.

El hecho es que los escándalos y vejaciones que sucedían de continuo en los hospitales terminarían pocos días después en una tragedia.

¹⁵ WEISINGER, Graciela. Op. cit. Notas 13 y 14.

Dedicado al Baile del Internado

EL 11

(A DIVERTIRSE)

TANGO

Letra de Emilio Fresedo

Música de Osvaldo N. Fresedo

PIANO

No de-je que sus pe-nas se va-yan al vien-to por qué serán a-je-nas al que e-ye to

cier-to No espe-re que una ma-no le a-fla-je el do-lor, so-lo le di-rán po-bre y des-pués todo a es-bó. Por e-so me di-

vier-to no que-ro sen-tir las no-quiero oír la-men-tos que amarguen la vi-da re-fie-ro que se pier-dan y lle-gue el o-

-vi-dio que to-do re-me-dia, que es lo me-

1. Para fin Para seguir

-lor. Si bus-ca con-

sue to no va ya a llo rar. a pren da a ser fuer te y ma te el pe sar. Son rí a lle

van do a su bo ca el li cón, que bai le su al mi ta es pe ran do un a mor. El hu mo de un

pu ro, la lux del lu gar, las no tas que va gan le ha rán ol vi dar. Quien sa be a su

la do los que i rán a sí con los co ra zo nes pa ra di ver tir. A di vertir se.

Nota: Para cantar no se repiten las partes

D. C. al fin

No deje que sus penas
se vayan al viento
porque serán ajenas
al que oye lo cierto.
No espere que una mano
le alivie el dolor,
solo le dirán pobre
y después todo acabó.

Por eso me divierto
no quiero sentir las
no quiero oír lamentos
que amarguen la vida;
prefiero que se pierdan
y llegue el olvido
que todo remedia,
que es lo mejor.

Si busca consuelo no vaya a llorar
aprenda a ser fuerte y mate el pesar.
Sonría llevando a su boca el licor,
que baile su alma esperando un amor.
El humo de un puro, la luz del lugar,
las notas que vagan le harán olvidar.
Quien sabe a su lado los que irán así
con los corazones para divertirse.

A divertirse todos
rompiendo el silencio
para cantar en coro
siquiera un momento.
Recuerden que en la vida
si algo hay de valor
es de aquel que la lleva
pasándola mejor.

Alegre su mirada
no piense en lo malo,
no deje que su cara
se arrugue temprano.
Deje que todo corra,
no apuró sus años,
que a nadie le importa
lo que usted sintió.

Partitura de "El Once".¹⁶

¹⁶ <http://www.todotango.com/musica/tema/352/El-once-A-divertirse/>

Esa tragedia motivó la supresión del Internado, reemplazado por la guardia de practicantes bajo la dirección de uno o dos médicos, esto ya dijimos que mejoró las cosas, pero no suprimió totalmente estos hechos.

Para dar una idea de lo que sucedía en los hospitales entre los practicantes, la tradición oral refiere cosas que explican perfectamente la tragedia del 8 a 9 de octubre de 1924, en el Hospital Piñero, que desde ya se agregan a los hechos que se recuerdan del Hospital de Clínicas. Era cosa favorita de hacer a la víctima de este vejamen desnudarla, y llevarla en la ambulancia a un lugar que para los internos del Hospital Rawson era la Estación Constitución, donde era arrojada en el vestíbulo principal. A veces, se agregaba dejarla atada a unos palos, como crucificada. En otros casos, la víctima era abandonada con una vela insertada en “cierto lugar que la decencia impide mencionar” y encendida. En algunos casos se llegó a practicar a la víctima una operación proctológica, para colocarle papas fritas, lo que exigió a su vez otra intervención análoga para extraerlas y limpiar el lugar. En otra ocasión, se colocó a la víctima una sonda nasogástrica, y se le inyectaron dos litros de *whisky* u otra bebida similar, provocándole un coma alcohólico que puso en grave peligro su vida.

Era casi corriente utilizar a mujeres que practicaban la más antigua profesión femenina, para no solo hacer orgías, sino para vejar a los compañeros que no manifestaban agrado por esos excesos, introduciéndolas en sus camas, y tratar de obligarlos a mantener relaciones sexuales no deseadas. En otras ocasiones, se introducían barras de hielo en las camas de las víctimas. Ya vimos la práctica de mojar las ropas de cama que se relata se hacía en el Hospital de Clínicas.

Así las cosas, al asumir en 1922 Carlos Noel la Intendencia, designó como Director de la Asistencia Pública, al distinguido pediatra Abel Zubizarreta (1880-1934), quien desde 1900 había sido practicante y médico del Hospital de Niños, que pertenecía a la Sociedad de Beneficencia. Estos hospitales no tenían internado, y eran más tranquilos, aunque sabemos que en las guardias, de practicantes que solo concurrían en su día, podían suceder cosas

parecidas, aunque desde ya en mucho menor número y menor perturbación. Debido a estos escándalos, el doctor Zubizarreta no era partidario del sistema, y mientras tanto, quería tratar de evitar estos hechos, sancionando a los responsables, si se podía, aunque era evidente que se producían por la casi nula autoridad de los directores de hospital, que se sabía solo concurrían 2 o 3 horas por día, así como había jefes de servicio que solo lo hacían a su vez 2 o 3 días a la semana y de los médicos internos. Sin embargo, por estos escándalos, pudo expulsar a 4 practicantes internos del Hospital Durand, pero la situación en el Hospital Piñero al parecer estaba muy descontrolada.

Según parece, el doctor Zubizarreta entonces pensó en llevar al Hospital Piñero, como Administrador, al que hasta entonces se había desempeñado como tal en el pequeño Hospital Velez Sarsfield, el señor Domingo Bonet¹⁷ uruguayo, de 42 años y 23 de servicios irreprochables en la Municipalidad, quien había ingresado como ayudante de farmacia y luego se desempeñó en los consultorios centrales de la Asistencia Pública, lo que se efectuó en agosto de 1924, para ayudar a controlar la situación.

El Administrador tenía asignado un departamento en el hospital, ubicado en el segundo o tercer piso del primer pabellón.

El nuevo administrador, quería terminar con esas cosas, y desde ya no fue del agrado de los practicantes. Estos siempre adujeron que carecía de autoridad sobre ellos, pues dependían del Director o de los Médicos Internos. La situación contra el señor Bonet se agravó pues a poco de asumir, denunció hechos graves cometidos por 4 practicantes, a la Dirección de la Asistencia Pública, que fueron expulsados como los del Hospital Durand. Estos hechos motivaron un movimiento entre los estudiantes que decidieron pedirle la renuncia o su traslado.

En las últimas horas del 8 de octubre, hacia las 12 de la noche, Bonet se hallaba durmiendo en su habitación, cuando, según la policía, unos 30 practicantes llegaron pidiendo su renuncia, y, según tradición oral, para hacerlo objeto de sus conocidos vejámenes “bromas” como decían: operarlo a la fuerza de

¹⁷ La Razón del 9 de octubre lo llama “Cevonet”.

apendicitis. Lo que hemos relatado, nos hace ver que es muy probable que se hubiesen salido con la suya, y que la decisión se hubiese llevado a cabo, de no mediar la tragedia.

Los practicantes, aquí creemos que los 4, según la versión dada por ellos mismos, como veremos, mas decididos, golpearon la puerta y rompieron el vidrio, para entrar por la fuerza. El ruido despertó a Bonet, quien se hallaba en paños menores, tomó un revolver que tenía bajo la almohada, y se colocó un sobretodo, cuando vio que un practicante quería introducirse por el hueco que había quedado por la rotura del vidrio, teniendo ya medio cuerpo dentro de la habitación. Bonet afirmó en sus declaraciones, que se trabó en lucha con este, y como en su mano tenía el revolver, este se disparó hiriendo al practicante, que era Ernesto Wellington O'Farrell, en la región frontal izquierda, a 5 centímetros del lóbulo orbital, según "La Nación". Pese a ser atendido allí de inmediato, entre ellos por el médico doctor Garré, falleció ese día 9 que ya se había recién iniciado, a las 22.45. La autopsia reveló que el disparo se había hecho con un arma de pequeño calibre, y a una distancia de no menos de unos 50 centímetros.

Luego hubo otro disparo, hecho por Bonet para ahuyentar a los practicantes, que se incrustó en la pared a 1,60 metros del suelo. La policía comprobó que Bonet tenía otro revolver, pero inutilizable pues su gatillo no funcionaba.

Los practicantes huyeron, hacia dentro del Hospital, o hacia la calle, y atraídos por los disparos llegó personal que recogió al infortunado joven.

Esta versión fue contradicha por los practicantes, quienes afirmaron que debido a que el Administrador "controlaba los actos que hacían dentro y fuera del hospital", cosa que correspondía solo al Director y a los Médicos Internos.

Advertimos aquí que, como estos toleraban estas cosas, resolvieron "hacerle una broma" para que renunciase. Y ya sabemos de que clase de "bromas" se trataba. Por eso, 4 de ellos fueron a golpearle la puerta, sin respuesta.



Dr. Abel Zubizarreta.



El Dr. Abel Zubizarreta en su consultorio.

Le pidieron entonces la renuncia con alta voz, y aquí, en contradicción con la versión policial, Bonet salió correctamente vestido, y armado con el revolver, y cerró bruscamente la puerta, después de volver a entrar rompiéndose el vidrio, cosa que nos parece difícil de creer, y nos inclinamos a pensar que fue uno o varios de ellos los que lo hicieron, y amenazó a los practicantes, que se hallaban en el corredor. A través de la abertura del vidrio, vieron que Bonet seguía amenazándolos, y Antonio Riera, le pidió que dejase el revólver y que considerase su renuncia, pero este los insultó soezmente. Entonces, siempre de acuerdo con esta versión, para “evitar cualquier ulterioridad”, fue cuando O’Farrell introdujo medio cuerpo adentro de la habitación, pero, sujetado por Bonet, este le apoyó el revolver en la cabeza y le disparó, cosa en contradicción con la autopsia, que habla de una distancia no menor a 50 centímetros. No tenía, afirman, un motivo especial y personal para estar enemistado con Bonet, fuera desde luego del que tenían todos, y actuó solo para arrebatárle el arma. Y que ninguno huyó, sino que procuraron auxiliar al compañero caído, retirándola ellos.

La infortunada víctima, Ernesto Wellington O’Farrell, era hijo de un distinguido médico, el doctor Miguel O’Farrell, casado en segundas nupcias con María Isabel Racedo de O’Farrell, quien tenía otros hijos: Carlos A., Miguel A., Jorge, Susana, Marcelo, Alfredo y Julia Elena. En ese trágico momento, el doctor O’Farrell con su esposa, estaba en España, porque representaba a la Facultad de Medicina en un Congreso Médico, muy importante, en el que los argentinos fueron recibidos por el Rey, Alfonso XIII. O’Farrell, no concurrió a sus sesiones, por duelo, y su trabajo fue leído por el profesor Pedro Belou.

Se hallaba en 5° año de Medicina, y era un “estudiante prestigioso”, y jugador de “rugby” del Club Universitario de Buenos Aires, sus amigos lo consideraban “un *gentleman*” pero era practicante externo del Hospital, y no debía hallarse allí en ese fatal momento. Gozaba de excelente concepto, y vemos como interesa conocer el motivo de estas aberrantes conductas. Pero participaba ampliamente del ambiente contra el señor Bonet, pues los 4 expulsados a raíz de sus denuncias, eran compañeros suyos.

El sepelio de O'Farrell fue en la Recoleta, salió de la casa mortuoria de Río Bamba 730, y lo realizó la Casa Miras. Fue una auténtica demostración de dolor, y se pronunciaron varios discursos, uno, del representante del Club Universitario, otros de los internos de los hospitales Piñero y Pirovano, publicando "La Razón" una nota necrológica. Luego, muchos estudiantes decidieron realizar una manifestación, y llegar hasta la Plaza de Mayo, esperando ser recibidos por el Presidente de la República, el doctor Marcelo T. de Alvear. Pero en Córdoba y Callao, la policía los detuvo, y se produjeron incidentes en que un estudiante fue herido de un machetazo. Pero se reorganizaron en pequeños grupos, y así llegaron a la Casa de Gobierno, y el doctor Alvear los recibió, y no dejó de expresar su dolor por lo ocurrido, pero se excusó de intervenir pues fiel a sus principios consideró que todo el tema del internado era un asunto municipal, y él respetaba su autonomía. El episodio es un ejemplo de cómo el estado esta formado por grupos de poder, que suelen no poder estar controlados por el gobierno, basados en un intrincado conjunto de leyes "sagradas e inviolables" En este caso nos referimos a la policía, que no dudó emprenderla a machetazos contra estos manifestantes, que querían llegar al Presidente Alvear, quien los recibió como el perfecto caballero que era, pero que no podía controlar a la policía que en teoría dependía de él.

Mientras, policía y Poder Judicial actuaban en el homicidio. Bonet quedó detenido e incomunicado en la comisaría. El comisario Bertoni, decidió encomendar al ayudante Tarletta que averiguase quienes eran los estudiantes que habían intervenido, para tomarles declaración, pero en la comisaria solo habrían podido hacer declarar a Antonio Riera y a Francisco Torino. El juez actuante fue el doctor Llavallol, quien recibió el sumario el lunes 13, día en que ya se trasladó a Bonet a la alcaldía de Tribunales. Fue el famoso juez que vivía en un palacio en José Evaristo Uriburu 1222, famoso por sus costumbres "non sanctas" y que había alojado allí a Anatole France y su numerosa comitiva en 1909, hecho del que se arrepintió pues le saquearon la casa y su

bien nutrida bodega, aunque ello no afectó sus funciones como juez, que fueron al parecer siempre correctas.

El terrible hecho produjo una gran conmoción. Si bien el Hospital Piñero siguió funcionando, los practicantes y estudiantes iniciaron una movilización. El mismo 9, en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina (hoy Ciencias Económicas) se celebró una asamblea, y allí cerca de las 24 llegó la noticia del fallecimiento de O' Farrell. Esa Asamblea declaró que el doctor Zubizarreta era el responsable moral de esa muerte, y que se exigía su renuncia, y que se decretaría la huelga hasta que ella se produjese. Se fueron luego en manifestación hasta la casa del mismo, pero no lo hallaron, disolviéndola la policía en Avenida de Mayo y Piedras. A la Asamblea concurrieron los diputados Diego Luis Molinari y Leopoldo Bard.

El 11 los practicantes abandonaron en masa su trabajo, y los médicos amenazaron con medidas similares si el doctor Zubizarreta no renunciaba. Se quiso realizar una reunión de médicos internos en el Hospital Durand, pero el Administrador no la permitió invocando una resolución superior. Se hizo entonces en un domicilio particular en Anchorena 1121, concurrieron unos 40 médicos. Hicieron una declaración que afirmaba que el Director de la Asistencia Pública estaba en conocimiento de la actitud de Bonet contra los practicantes, que cuando los médicos internos pidieron medidas disciplinarias, él no las puso en práctica, y que se sabía que ya Bonet había amenazado de muerte a los practicantes, y que las medidas tomadas contra los 4 practicantes del H. Durand eran excesivas e injustas, y que el Secretario Bortagaray cumplía funciones de inspector que eran vejatorias para la autoridad de los médicos internos. Afirmaban además algo que quizás fuese muy serio y es que el doctor Zubizarreta, quería suprimir el internado, y así buscaba fomentar las discordias y los incidentes para lograrlo. El Director del H. Piñero, había ya solicitado el traslado de Bonet, en vista del giro que tomaban los hechos, pero que el doctor Zubizarreta no accedió a ello. Y que la orden de no permitir la reunión del H. Durand, fue dada al Administrador pasando por sobre la autoridad del Director y del Médico Interno. Estas

consideraciones son muy interesantes, porque si bien la supresión del internado redujo considerablemente estos escándalos y vejámenes, estos no desaparecieron sino que se redujeron considerablemente, de modo que podría pensarse que esa eliminación, conllevaba otras causas, de orden práctico, y que los escándalos eran un buen pretexto para llevarla a cabo, aunque esta es solo una conjetura. El sistema, estaba siendo eliminado en todo el mundo.

El 10, a las 9.30 el presidente del Centro de Estudiantes de Medicina, Ramón Melgar (h), el practicante del Hospital Muñiz, Vicente Fiori, y los estudiantes de Medicina Pedro Galli, Ricardo Martelli y de Farmacia Rodolfo Lobo concurren al despacho del doctor Zubizarreta para comunicarle que la Asamblea había decidido pedirle la renuncia antes de las 12, o se iniciaría una huelga. Pero el doctor Zubizarreta comenzó respondiendo que era un “leal amigo” del padre de la víctima, y que sentía gran dolor por la muerte de un joven que no solo era hijo de un amigo, sino que lo había conocido desde niño, pues había sido su paciente (recordemos que el doctor Zubizarreta era un distinguido pediatra). Que su muerte era resultado de la fatalidad, porque el joven, era un practicante externo, y que ese día a esas horas, no debía estar en el Hospital. Le respondieron que sabían que quería suprimir el internado, y que por eso motivó la intromisión de los administradores y que los practicantes solo dependían de los Directores y los médicos internos. Zubizarreta les dijo que esos problemas, debieron habérselos planteado en audiencias pedidas por los Centros de Estudiantes, dado que no podía recibirlos de otra manera, porque sería pasar por sobre Directores y Médicos Internos. Y que las sanciones, se aplicaron en casos límites, y les recordó el incidente del H. Pirovano, en que debió intervenir la policía. La nota entregada al doctor Zubizarreta pidiéndole la renuncia, estaba escrita con tinta roja, según “La Razón”.

Después, recibió a los directores de los hospitales, ante la amenaza de huelga. Se resolvió informar al público que debía pedir los auxilios sanitarios a la policía, y que en la ambulancia, iría un enfermero a los efectos de recoger al paciente y llevarlo al hospital,

porque los practicantes no hacían otra cosa, y que esa tarea, que implicaba solo manipular un enfermo hasta la hacían mejor ellos que los practicantes dado que lo efectuaban permanentemente en el hospital. A las 11.30 el doctor Zubizarreta fue a entrevistarse con el intendente Noel. Consideraba que no podía renunciar, mientras gozase de la confianza del Intendente, cosa que era evidente. El 12 se inició la huelga de practicantes, estos fueron conminados a cumplir con su trabajo, y como no lo hicieron, fueron declarados cesantes enseguida, al punto que el lunes 13 abandonaron sus alojamientos. Podemos decir, que allí se acabó, de hecho, el internado.

En cuanto a los médicos, es obvio que solo una minoría estaba de acuerdo con la amenaza de renuncias masivas. Al 15 de octubre, no hubo mas que 2. El doctor Zubizarreta además declaró que había recibido una nota de 4 médicos pidiéndole la renuncia, y había 800 en los hospitales. El 15, los jefes de servicio mediaron y estuvieron con el doctor Zubizarreta hasta la 1 y 30 del día siguiente. De modo que la situación fue fácilmente controlada.

Los estudiantes intentaron una huelga universitaria, el tema fue debatido, pero ni Ingeniería ni Ciencias Económicas apoyaron la medida, considerando que era un tema ajeno a la universidad y solo hicieron un día de huelga los estudiantes de Filosofía y Letras.

En el Consejo Deliberante, hubo una discusión sobre estos graves hechos, y de los escándalos que ocurrían en los hospitales en la sesión del 10. El señor Jiménez hizo un elogio del joven muerto, pero afirmó que había que decir toda la verdad, dados los continuos escándalos protagonizados por estudiantes de vida regular en sus hogares, y que vio personalmente los destrozos que los practicantes habían hecho en el H. Piñero (recordemos aquí los destrozos que el propio doctor Cranwell declara, que él realizó en el Hospital de Clínicas en respuesta a la broma pesada de que fue víctima). Gallo, afirmó que si los directores carecían de autoridad ante esto, que renunciasen, y que no cabía que la responsabilidad directa de un hospital recayese en un empleado administrativo. Giusti afirmó que había en este hecho 2 víctimas: un excelente joven muerto, y un empleado administrativo con 23 años de servicios, que había

tronchado su carrera, y que tenía abierta las puertas de la cárcel, por haber querido poner orden y haberse defendido. Y que no podía pedirse la renuncia del Director de la Asistencia Pública, ni insinuarle a que la presentase. Arias, afirmó conocer al administrador Bonet desde hacía 23 años, y que había sido siempre correcto, serio y trabajador. Iribarne pidió una amplia investigación. Mouchet dijo que era conveniente elevar el nivel moral de los estudiantes, y que el Director de la Asistencia Pública había encontrado en la emergencia todo el apoyo imaginable. Presente el Secretario de Hacienda, afirmó que debía estarse a la resolución judicial, pero que Bonet tenía una excelente foja de servicios, y que se lo había trasladado al H. Piñero para ayudar a resolver la grave situación que existía en dicho Hospital.

El 22 de octubre, se envió al Consejo Deliberante el proyecto de Ordenanza que suprimía definitivamente el internado, y establecía un régimen de practicantes externos, que solo quedarían en el hospital el día de su guardia.

Sería interesante que los psicólogos buscasen las causas que expliquen esta conducta que creemos delictuosa y para más efectuada por el puro y perverso placer de infligir sufrimientos y humillación a otros, de personas de formación universitaria, pertenecientes a familias acomodadas y distinguidas que eligieron una carrera que los obligaba a actuar siempre a favor de sus semejantes, por el solo hecho de serlo, y no maltratarlo, vejearlo o humillarlo. Fue esa mala conducta la que originó la lamentable supresión de un sistema de enseñanza que hubiese sido bueno para la formación profesional de una carrera tan digna y honrosa, y para quien esto escribe la que le ha merecido siempre su mayor admiración y respeto, que así se manchaba en forma deshonrosa. Y es también digno de que se explique porqué muy a menudo, parecería que viejos médicos, que han escrito sus memorias, parecería que añorasen melancólicos ese tiempo en que se cometieron tales desmanes y delitos por el solo placer de humillar y vejear a otros semejantes, así como la enorme tolerancia que directores y médicos tenían ante estos hechos.